

La vida religiosa en Centroamérica 25 años después del Concilio

Luis Miguel Otero, op

Introducción

Hace años se discutía mucho si el Concilio era un punto de partida o un punto de llegada. Es decir, si el Concilio era el final del trabajo a realizar o el silvatazo de comenzar la carrera desde ese punto de partida. En el caso de la vida religiosa esta discusión no tenía mucha cabida porque el propio documento ordenaba para todos renovación y cambio. Y 25 años de andadura desbordaron las perspectivas de quienes dieron tal orden.

Considero que el tema de la vida religiosa es, por encima incluso de Cristo y la Iglesia, el que más montañas de papel ha gastado, el capítulo del Concilio que más entusiasmo y crisis provocó, más experiencias novedosas permitió, más reuniones a nivel congregacional e intercongregacional, nacional e internacional ocasionó y, posiblemente, más documentos de llamadas de atención por parte de la jerarquía ha tenido.

Hay trabajos que recogen toda esta vida de Iglesia. Por otra parte es demasiada la vida vivida, también la persecución y los asesinatos han sido vida; y son también bastantes los fracasos, las experiencias mal comenzadas o mal terminadas. Por eso, dado el espacio de que dispongo, procuraré recoger aquello que, a mi juicio, es el resumen de lo conseguido, el camino que, entre todos, hemos hecho al andar.

Lo que dijo el Vaticano II

1. La vida religiosa pertenece a la vida de la Iglesia, no a la estructura jerárquica pero sí a la vida y santidad.
2. Esta santidad se consigue por medio de la caridad: total consagración a Dios mediante el seguimiento de Jesucristo.
3. La acción apostólica pertenece a la esencia misma de la vida religiosa.
4. Manda que todos los miembros e institutos religiosos renueven sus vidas e instituciones. Desde tres criterios:
 - vuelta a los orígenes de la vida cristiana: seguimiento de Jesucristo;
 - vuelta a los orígenes de la familia religiosa: carisma del fundador;
 - adaptación a los tiempos y necesidades.

El tema de la vida religiosa fue introducido dentro de la Constitución sobre la Iglesia, al hablar de la vocación a la santidad de todos los cristianos. Con ello quedó bien claro uno de los senderos por los que deberá caminar la renovación.

El decreto sobre los religiosos fue titulado “Perfectae Caritatis”, “sobre la adecuada renovación de la vida religiosa”. Se simplificó hasta quedar en un documento corto de 25 números dejando claro que la Iglesia pedía a los religiosos que ellos mismos debían hacer el documento final desde la vida, ateniéndose a las directrices marcadas.

Lo que significó para la Vida Religiosa

Para cualquiera que conozca algo de la historia de la vida religiosa, llama la atención que hayan aparecido tan pocas familias religiosas nuevas en años tan cambiantes como los que hemos vivido en esto 25 años. Aunque Pío XII había integrado varias congregaciones que tenían poca vitalidad años antes, lo cierto es que también han muerto muy pocas. Sin duda esto se debe a la orden del Concilio de renovarse.

A través de la historia de la vida de la Iglesia, ante situaciones sociales y eclesiales nuevas, hay respuestas nuevas a nivel institucional: éstas se dan mediante nuevas fundaciones, por reforma de algunas de las existentes o, como en el caso actual, porque, desde fuera de ellas mismas, se les manda revisarse, ponerse al día: renovación.

Este es el primer fruto del concilio: por orden suya todos se lavaron la cara, hasta el punto de que algunas congregaciones parecen nuevas en cuanto al estilo de vida y al apostolado que realizan.

Mandó abrir ventanas para que entrara aire fresco y consiguió que las órdenes e institutos religiosos dejaran de girar alrededor de sí mismos como venían haciendo en el último siglo y giraran, de nuevo, alrededor del evangelio y de la tarea de evangelizar al mundo que es para lo que habían nacido.

La vida religiosa recibió, dada por los mismos jefes, su ubicación dentro de la Iglesia. Por su parte la Iglesia tomó conciencia de ese colectivo tan grande y emprendedor dentro de ella, que no es producto de su organización sino del Espíritu. Pablo VI y Juan Pablo II han tenido frases de elogioso reconocimiento.

Y la vida religiosa recibió luz verde para continuar o emprender experiencias nuevas en cuanto a estilo de vida y actividades con el sólo principio de volver a las fuentes para un mejor servicio al pueblo de Dios desde su especialidad que es la caridad.

Comienza un entusiasta proceso

Pedir tomar en serio el Evangelio es un hecho temerario cuando de instituciones se trata; se sabe donde se comienza pero no se sabe donde se va a terminar. Esto fue lo que ocurrió con el Concilio Vaticano II.

Todos aquellos religiosos que tenían inquietudes, que estaban descontentos, que tenían sensibilidad ante el mundo moderno o ante la realidad sangrante de sus pueblos, o sencillamente que querían obedecer a la Iglesia, comenzaron a revisar estructuras y arriesgar experiencias de todo tipo. El resto lo puso la propia realidad. Incluida en esa realidad la Iglesia, quien desde la teología, la organización, la liturgia, el impulso evangelizador arrastró o acuerpó sus experiencias.

En América Latina este proceso recibe un nuevo empujón de la propia jerarquía, quien, reunida en Medellín, hace unas opciones y toma unas posturas muy decididas y definidas. A los religiosos les pide: testimonio, encarnación, disponibilidad, no consideren el apostolado como algo secundario, conozcan la realidad, atiendan a los marginados.

Con Medellín debajo del brazo, un sector de religiosas deja la seguridad de sus colegios de pago y se van a vivir a barrios marginales o en pastoral parroquial; quieren vivir de su propio trabajo, quieren hacer comunidad con el pueblo, quieren

que el voto de pobreza no sea solamente tener las cosas en común entre las hermanas, sino tener la vida en común con los pobres, correr el mismo riesgo y vivir la misma inseguridad de la gente sencilla.

Comienzan experiencias de comunidades pequeñas, buscando relaciones personales; donde se comparta, no solamente los bienes y el techo, sino también la fe, la ilusión, el caminar, en una gran corresponsabilidad de todos.

Se busca sencillez y flexibilidad en las estructuras, tanto de gobierno (experiencias de coordinador temporal en vez de superior) como de edificios (alquiler de casas sencillas) como de hábito (el religioso es consagrado, no segregado).

Se da una conciencia fuerte de participación en la Iglesia local: surgen instituciones de formación y de trabajo intercongregacionales, apertura a nuevos ministerios especialmente entre las religiosas.

Y una clara y decidida opción por la justicia: son años de grandes denuncias con palabras, escritos y actitudes; la educación toma el adjetivo que la define de liberadora.

La CLAR, que más que dirigir el proceso, está apoyando la experiencias de renovación en estos años, afirma, en 1974, que la renovación de la vida religiosa en América Latina se encamina hacia:

- Una vida religiosa más auténtica (insistiendo en lo fundamental y revisando elementos transitorios)
- más latinoamericana (tercermundista, pobre, joven, de valores humanos,
- más comprometida con América Latina (actitud de búsqueda, abierta al futuro profético,
- más integrada en la pastoral
- más fraterna

Hasta dónde hemos llegado

A mediados de los años 70 y en adelante, algunos de los que dieron la orden de renovar y dieron luz verde a tantas experiencias, dan ahora la voz de alarma y presionan para que se camine más lento y seguro. Continúan ciertas experiencias pero ya sin el aplauso, se interrumpen algunas otras y se va haciendo crítica al caminado. Es el tiempo, hasta nuestros días, de cribar, asimilar, cambiar en algunos casos ante situaciones nuevas sociopolíticas, son años de martirio y sufrimientos para la vida religiosa junto con el pueblo.

En todo este tiempo, menos eufórico y entusiasta, pero quizás más maduro y profundo, la vida religiosa ha ido consolidando y adquiriendo, en un proceso de menos a más, ciertos riesgos y pistas que la definen y la dirigen.

Puebla (1979), no obstante los temores y llamadas al cuidado, por los conflictos habidos en algunas iglesias locales, ratifica, como camino andando y aprobado, cuatro líneas:

- Experiencias de Dios como vida de fe, como actitud de vida, como integración de vida y oración
- Comunidad fraterna: como relaciones fraternas, virtudes de amistad, sinceridad, madurez, diálogo y participación
- Opción preferencial por los pobres: como desprendimiento y austeridad comunitarias, pero también como solidaridad, compartir y convivir con el pobre
- Inserción en la Iglesia particular, como creciente participación con el aporte de la riqueza del propio carisma

Hoy, mirando hacia atrás, podemos observar cómo se fue definiendo más lo que al principio eran intuiciones, cómo se fueron corrigiendo errores de entusiasmo que muy acertadamente enfatizaron aspectos prioritarios, pero descuidando otros necesarios como métodos y pedagogía. Y hoy agradecemos a Dios este tiempo de gracia para la vida religiosa.

De una vida religiosa que miraba demasiado para sí misma y estaba atada a instituciones y leyes que en su día fueron buenas, pero que actualmente ya estaban desfasadas, se pasó a poner la mirada en el mundo. El pobre provocó nuestra misericordia. Quisimos vivir para él e hicimos de nuestra vida un proyecto de servicio y amor esta vez no solo entre nosotros, sino con la Iglesia y con el Pueblo.

Y la vida religiosa se fue haciendo más cercana a la gente y más entendida, más dentro de la historia, más dentro de la Iglesia, más al servicio del Reino de Dios, más pobre y, en muchos casos, más perseguida. Y teniendo como imperativo y faro el seguimiento de Cristo en esta concreta historia de salvación de Centroamérica.

Juan Pablo II, en su visita de 1983, nos dejó unas definiciones y peticiones a los religiosos que recogen lo central de toda la doctrina elaborada en este proceso que señalamos: "Tienen que ser los especialistas del Evangelio de Jesús identificados vitalmente con sus palabras y ejemplo". La tarea evangelizadora, que es el primer cometido de la vida religiosa, consiste en encarnar eficazmente la caridad en gestos generosos, servicios, instituciones, promoción de la justicia, dignificación

del hombre... “abracen la causa del pobre”. Y citando “Evangelii Nuntiandi”: “Son por experiencia voluntarios y libres para abandonar todo y lanzarse a anunciar el Evangelio. Son emprendedores y su apostolado está frecuentemente marcado por una originalidad y una imaginación que suscitan admiración. Son generosos, se les encuentran no raras veces en la vanguardia de la misión”

Perspectivas

Yo creo que al proceso de renovación comenzando, por orden del Concilio, 25 años atrás, le falta mucho más de lo que hemos hecho. No debería hacer falta decir esto, ya que la renovación en cristiano debe ser permanente, es un proceso continuo; pero pareciera que algunos quieren detener el carro no sabemos si para descansar, lo cual es muy humano y puede ser correcto, o porque consideran que ya hemos terminado la tarea. No; todavía nos falta mucho ponernos al día, para que la vida religiosa como conjunto sea entendible, modelo de Iglesia y buena noticia para los hombres y mujeres de nuestra sociedad. No hay que desfallecer.

Aunque durante estos últimos años las distancias entre posiciones de avanzada y retaguardia han disminuido bastante, considero que aún hay un número significativo de comunidades en las que todavía no han entrado valores de madurez humana, de relaciones fraternas, de cercanía con la gente. Es una tarea, o al menos preocupación, que nos concierne a todos, ya que la vida religiosa la hacemos creíble entre todos, no un hermano, una comunidad o una congregación.

La vida religiosa en Centroamérica tiene una tarea particular: inculturarse. la mayoría de los religiosos en estos países pertenecen todavía a entidades foráneas o llevan pocos años teniendo aquí todas sus estructuras de formación y decisión. Se han llenado las casas de formación, pero no tenemos entidades completas (en trabajos, ejemplos, recursos humanos y materiales) para una buena formación.

A este respecto, estoy de acuerdo con el predocumento de trabajo de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que se queja de una deficiente formación. Es delicado el punto porque corresponderá a esta generación de religiosos y estructuras sustituir y traducir lo que la anterior, muy misionera, entregada y emprendedora pero internacionalista, le dejó. Y considero muy grave el hecho de congregaciones que han venido prácticamente a surtir de vocaciones, angustiadas por sí mismas, y sin preocuparse por entrar en nuestra realidad.

Se percibe a nuestro alrededor un énfasis en tareas y trabajos de institucionalizar. Me parece correcto. Al igual que la Iglesia primitiva, después de años de

personalidades carismáticas, de entusiasmos, de fundaciones nuevas, de crecimiento veloz, de efusión desbordante del espíritu, se dedicó a organizar e institucionalizar, considero que las Ordenes e Institutos religiosos y la vida religiosa en general necesita institucionalizar, organizar.

Tenemos valores nuevos, vino nuevo; necesitamos leyes, estructuras, odres nuevos. Eso sí, ni más ni menos que las necesarias; y nunca pensar “ya pasó la crisis, ahora pongámonos serios de nuevo”. Esta es tarea de sabios.

Después de todos estos años tan intercongregacionales y eclesiales, donde la mayoría de los religiosos no miraban para la propia congregación y muchos decían que no se distinguían unos de otros, vuelve una tendencia a descubrir el propio carisma y el aporte específico de cada comunidad a la Iglesia. Creo que esto es correcto y además ya es el tiempo; el incendio durante el cual todos hicimos de todo ya está pasando. Pero es importante conseguirlo sin perder el objetivo eclesial logrado. Que no signifique perder los valores de comunión y participación, que no signifique volver a encerrarse en lo propio porque la Iglesia local no ha asimilado lo dones y carismas suscitados por el Espíritu dentro de sí misma.

Y la última asignatura pendiente: inserción dentro de la Iglesia local. Una vez más, en la próxima reunión de obispos en la República Dominicana, se leerá la queja de “falta de inserción en la pastoral de conjunto de las diócesis, desconocimiento de la autoridad pastoral de obispos y párrocos, profetismo asumido sin claro sentido eclesial” con respecto a los religiosos. Habrá que poner atención especial a este punto porque hasta ahora ha sido problema casi exclusivo de la Arquidiócesis. Pero con el aumento de vocaciones, tanto sacerdotales como religiosas, está aumentando; y actualmente el problema se da más frecuentemente con los párrocos (sin diferencia si éste es diocesano o religioso).

Pareciera que la tentación es volver a instituciones propias con autonomía, como parroquias o semiparroquias, colegios, centros de distinto tipo, donde cada quien decide y es dueño. Falsa solución que no nos podemos permitir después de haber disfrutado de los beneficios de la eclesialidad; no solamente están en juego criterios de eficacia pastoral, sino valores eclesiológicos que la misma vida religiosa ayudó a conseguir de comunión y participación.

Me agradaría ver que esta vez, para no dar la impresión de lucha por beneficios personales o institucionales, la tarea sea hecha junto con nuestros hermanos laicos con quienes nos une el pertenecer a la santidad y no a la jerarquía de la Iglesia. Los movimientos apostólicos y otros laicos comprometidos que no forman parte de grupos laicales se quejan de que sus carismas no son integrados en la pastoral de

conjunto y, por tanto, tienen el sentimiento de ser clientes, menores de edad, católicos de segunda clase.

(De la revista *SENDEROS*, -Apartado 74, 2050 San Pedro de Montes de Oca, Costa Rica- No.37, julio 1990, pp. 39-47)

El discurso sobre la fe es un momento segundo respecto de la vida misma de fe. La reflexión teológica auténtica echa sus raíces en la contemplación y en la práctica. El hablar sobre Dios (teo-logía) viene después del silencio de la oración y el compromiso. La teología sería un hablar constantemente enriquecido por un callar.

Gustavo Gutiérrez.